

afecto que no fuese el de la virtud: "no tengo más padre y madre que Jesucristo."

XXIII

EL CONVENTO

Extrañará acaso el lector haber visto el bosquejo de la vida del P. Margil incluido en el cuadro que hemos destinado á los religiosos franciscanos llamados de la observancia, siendo así que el gran misionero pertenecía á los de "propaganda fide," por cuya circunstancia parecía más natural fijar en él la atención al tratar del monasterio de San Fernando; pero hay que saber por una parte que así el colegio de la Santa Cruz de Querétaro, donde floreció al principio de su carrera en nuestro país, como el mencionado poco antes, fueron fundados por la provincia del Santo Evangelio, de que era matriz el convento de San Francisco de México, y por otra, que el venerable padre vino á morir á este último, en él descansaban sus restos, al propio edificio pertenecía la celda donde pasó su postrer enfermedad, según ya expresamos, y todas estas razones nos autorizan á creer que esta era la ocasión de consagrarle las líneas antecedentes.

Por lo demás, los apuntes que dimos sobre esa celda y la enfermería, de que formaba parte, nos conducen naturalmente á hablar de lo restante del convento.

Este grandioso edificio que, según ha dicho un escritor, considerado bajo el aspecto religioso no tiene igual en la República, gozó en todo tiempo de bien merecida celebridad, ora por la hermosura de su iglesia y capillas, ora por la amplitud de los claustros y demás partes anexas, y ora en fin, por los magníficos paramentos y riquezas artísticas que acaudalaba.

Admiración de nacionales y extranjeros fué en nuestros días, y la iglesia en particular se consideró siempre como el punto de reunión de lo más granado de nuestra sociedad, que asistía allí á los divinos oficios celebrados con un esplendor y pompa sorprendentes.

Durante el régimen colonial, por idénticos motivos, fué objeto de la misma afición, del mismo cariño. Los pocos viajeros que entonces recorrieron el país y se detuvieron en la capital, le visitaron: hacían otro tanto los españoles que pasaban á ella con ánimo de avecindarse, ó con el de morar algunos años como los vireyes; y contravéndonos á los segundos, citaremos el ejemplo de la visita que le hizo el primer conde de Revillagigedo

con su familia, de que nos ha conservado memoria el Diario de D. José Manuel de Castro de Santa Anna, en las siguientes líneas:

“La tarde de este día (12 de Septiembre de 1754) S. E., acompañado de la Exma. Sra virreina, los señoritos sus hijos é hijas, sus damas, varios caballeros y sus familiares, entraron en el convento principal de nuestro P. S. Francisco, porque dicha Exma. señora deseaba verlo por ser el más capaz y hermoso de esta ciudad; le circunvalan cuatro cuadras en que se incluye su hermosa iglesia y capillas, pulidos claustros, anchurosos dormitorios, general noviciado, enfermería de bella arquitectura; gastaron toda la tarde en pasearlo, y en la celda principal del reverendísimo padre comisario general, pasaron después hacer mansión; hallábase pulidamente aderezada, y allí se les suministró un opulento refresco, siendo obsequiados por dicho reverendo padre y demás prelados de aquel convento, de donde cerca de las ocho de la noche se retiraron á su palacio.”

La importancia, pues, del monumento de que se trata, exige una descripción la más completa que de él pueda darse, y aunque no poseemos todos los datos necesarios para esa tarea, vamos á empren-

der una relación de sus partes principales, para lo cual distinguiremos en él dos estados, el que tuvo hasta principios del año de 1861, y el en que se encuentra actualmente como consecuencia de las mutilaciones y ruina que ha padecido.

I

El P. Vetancourt, cronista de la orden, nos pinta el estado que tenía el convento hacia fines del siglo décimo séptimo, de la manera siguiente:

“Dejo lo antiguo que pasó, y paso á lo moderno que permanece, que aunque en la relación latina escribí lo que supe, no sé si sabré decir en romance lo que á la vista tengo, porque es otra cosa el verlo y mucho menos el decirlo, y sólo el que lo mire podrá creer y decir que es más lo que ve que lo que se dice. No es lo más lo que tiene de vivienda en los altos el convento, aunque en nueve dormitorios unos altos y otros bajos por haber sido en varios tiempos su fábrica: tiene casi trescientas celdas, donde prelados, moradores, enfermos y huéspedes moran de ordinario cerca de doscientos frailes, sobrando celdas altas, bajas y entresoladas para otros muchos, todas acomodadas y con distinción de personas, ordenadas las viviendas, según la calidad de los suje-

tos, con sus pasadizos y oficinas necesarias para todos.

“Tiene dos claustros, y en medio de cada cual una pila de agua que le alegra; la del principal es de piedra de jaspe blanco (que acá llaman Tecale) con dos tazas hermosas de lo mismo y una imagen de talla de San Diego por remate. Los claustros bajos están adornados con lienzos grandes del pincel famoso de Baltasar de Chávez, en que se registra toda la vida de N. P. S. Francisco, y entre cuadro y cuadro una tarja que tienen dos ángeles en que está escrita la historia de cada lienzo en romance lacónico y sucinto: en todo el techo no se divisa viga porque está cubierto de lienzos pintados de varios lazos, alfombras y alcatifas fingidos que hacen á la perspectiva agradable vista; el suelo es de madera con países y montería, y en él pintado el monte Alberne con primor. De allí sigue de norte á sur las dos piezas del refectorio y sala de “profundis;” en esta, que es del tamaño del refectorio, está el sepulcro de los señores Cervantes; en las paredes están las efigies de los dos obispos de Huaxaca (Oaxaca) que ha tenido, con el epitafio funeral cada cual, en que se dicen sus dignidades y oficios: acompaña en esta sala una devota imagen del Santo Cristo de Burgos en su retablo. El refectorio

es tan capaz, que en las mesas caben más de quinientos religiosos, con sus oficinas necesarias y patio donde se asolea el agua que se ha de beber en sus tinajas.

“Tiene cuatro escaleras principales: al entrar de la portería está una con tres ramales de escalones, á San Buenaventura dedicada, con tres lienzos de su vida que la adornan; el techo de artesón dorado con las ocho virtudes de relieve y el Espíritu Santo en medio pendiente, que las corona: en los cuatro ángulos los cuatro pontífices de la religión, de talla entera, con las tiaras en las manos como que al santo las ofrecen; en las cuatro pichinas los cuatro más célebres autores de la orden: Scoto, Lyra, Alejandro de Ales y S. Antonio, de pincel todo, cubierto de plomada, obra que hizo y dedicó el M. R. P. Fr. Buenaventura de Salinas á expensas de bienhechores, con una misa dotada de cincuenta pesos cada año, que en la misma escalera el día de San Buenaventura se canta con su responso; en el primer descanso está una puerta grande y dos pequeñas por donde se entra á una capilla de doce varas en cuadro á nuestra señora de Aranzazu dedicada: tiene dos altares á los lados, uno de N. P. S. Francisco, y otro de S. Buenaventura, de talla entera en sus retablos: en las repisas de los cuatro ángulos cuatro lienzos, de N.

P. Santo Domingo, S. Francisco, S. Agustín y S. Ignacio; el techo, de lazos dorados, con los ocho atributos de la Virgen de medio relieve, por artesón, y en medio un lienzo de la Asunción de nuestra Señora, que á la perspectiva parece que va penetrando las nubes para el cielo, todo cubierto de plomada, con una tribuna, y su órgano en ella, donde se entra por la sala de ordenación, y con otra puerta baja que va al noviciado, y por ella salen los novicios á rezar el oficio de nuestra Señora en alabanza. Hoy pertenece al capitán Antonio Calderón.

“Las otras tres escaleras no son de menos arquitectura y adorno: una que baja á la sala de “profundis,” cuyo espacio ocupa un lienzo grande del Tránsito de N. P. S. Francisco, y al otro lado, de su tamaño en proporción, otro lienzo de los milagros del B. Fr. Salvador de Orta. Otra baja á la antesacristía, que se compone de tres ramales y dos derrames: uno que va al claustro principal, y otro al cuarto de los lectores; en el descanso tiene una capilla pequeña de nuestra Señora de Guadalupe, y en el hueco del arco de en medio, en lo bajo, otra pequeña capilla de S. Antonio. La cuarta escalera cae á la parte del poniente en el segundo claustro, que sube al cuarto y dormitorio donde viven los MM. RR. PP. comisarios

generales; está en el techo adornada con diferentes imágenes cuadradas de santos de la orden.

“La sacristía, entierro de los señores condes de Santiago, es de las más vistosas y adornadas piezas que tienen las Indias, toda cuajada de lienzos grandes con sus marcos dorados, y entre lienzo y lienzo de la sagrada Escritura pintados: el paraíso, la escala de Jacob, los triunfos de Judit y de Joel, y las aguas que dió á beber Rebeca; atributos de María Santísima, de mano del insigne Fr. Diego Becerra, religioso lego; toda está con cenefa de azulejos por abajo, con un trono de ángeles y varios lazos por arriba, y toda de cajones de nogal embutidos para los ornamentos, el techo de artesón dorado y su plomada, con cuatro ventanas al oriente, que con las vidrieras finas aumentan la claridad de sus luces.

“La iglesia tiene un hermoso retablo dorado en el altar mayor de obra mosaica y corintia, con diez y seis santos de talla entera que entre las columnas le acompañan; tableros de mano del afamado Basilio, de los misterios de Cristo y de su madre: en medio está una hermosa imagen de talla entera de N. P. S. Francisco y otra más arriba de la Concepción de nuestra Señora, y un Santo Cristo en el tercer cuerpo. El sagrario está de reli-

quias de santos adornado, así en las puertas portátiles con que se cierra, como en lo interior, donde está una espina de la corona de Cristo en su custodia, el "Lignum Crucis" en una cruz de cristal que tiene de los doce apóstoles reliquias y la canilla entera de San Felipe de Jesús. El cuerpo y capilla mayor tiene tantos retablos, que están unos en pos de otros, tan contiguos, que no permiten ver nada de las paredes que ocupan: tiene una reja de fierro, que divide la capilla mayor del cuerpo de la iglesia, que tiene ocho varas en alto y quince de latitud hecha de maravillosa hechura en la provincia de Cantabria, que su costo llegó á más de diez mil ducados; el techo es todo artesón y de plomada, y por estar con las inundaciones y en su terraplén más de cuatro varas sumido el templo, se trata de hacerlo de bóvedas y levantarle; obra que el M. R. P. Fr. Juan de Eluzuriaga, comisario general, intenta (cuyo celo será de todos los devotos que lo desean agradecido), y si los bienhechores ayudan, le verán acabado. No se ejecutó.

"Está al lado del Evangelio un lienzo del invicto marqués del Valle D. Fernando Cortés debajo de dosel y con el estandarte de sus armas, y al pie del lienzo en

que está su efigie, están en un baúl pequeño forrado en terciopelo negro sus huesos y los de su hijo el marqués Don Martín Cortés, para cuyo entierro se trajeron de Texcoco, porque fuese con la ostentación de capitán general, yendo los huesos de D. Fernando Cortés en el entierro; quedáronse unos paños azules con sus armas por la paga del funeral, que se consumieron de servir. En el mismo lado está depositado el cuerpo del Sr. D. Nicolás de Vivero, tercero conde del Valle de Orizava, para que se lleve á Tecama-chalco al entierro de sus antepasados, y en otra sepultura están las armas de Francisco de Heredia, con cuya limosna de catorce mil pesos se doró el retablo.

"Debajo de la lámpara, al pie de las gradas, están tres losas con sus epitafios, que la una es de D. Juan López Murillo, abuelo del Sr. D. Juan de Mañosca, inquisidor que fué de esta Nueva España y obispo de la Habana, que dejó dotado el aniversario; la otra es de D. Fernando de Hoyos y Azoca, caballero de Calatrava, y de sus descendientes, que dió la primera lámpara que se llevó al convento de la Puebla cuando se puso la que hoy sirve; la otra es de D. Prudencio de Armentia, todas contiguas. En la iglesia y claustros hay altares y entierros de diversos caballeros y conquistadores, cuyas sucesiones

han faltado, y son pocos los que la tienen porque en las Indias duran muy poco las generaciones, y menos que las generaciones las haciendas, que hay nietos que no gozan lo que ganaron sus abuelos". . . .

II

La iglesia principal, cuya descripción nos acaba de hacer Vetancurt, no es la que vimos en nuestros días. Ya el cronista sentía la necesidad de que fuese reparada la que existía en su tiempo, levantándola y substituyéndole el techo de artesón y de plomada por otro de bóvedas; y aunque, según hemos visto, dice que no se ejecutó la obra, sí llegó á realizarse este intento pocos años después, fabricándose la magnífica iglesia que nosotros alcanzamos, la cual se dedicó á 8 de Diciembre de 1716, veinte años después del en que escribía el cronista.

Además de este templo existían entonces, y todavía están en pie otros de menores dimensiones, aunque igualmente suntuosos. Para indicar su situación precisa, entraremos en algunas explicaciones, que servirán al mismo tiempo para ilustrar la historia de todo el monasterio.

Empezaremos por asentár, que este ocupaba una superficie casi cuadrada de unas 3,249 áreas, ó bien 32,490 metros cuadrados.

Fraccionado en consecuencia del decreto de 16 de Septiembre de 1856, de que hablaremos en breve, quedó reducido á una superficie de casi 2,191 áreas, ó sea 21,919 metros cuadrados. La parte del edificio que fué separada del resto por la calle de la Independencia y enajenada, comprendía varios departamentos, entre otros, el jardín, que ya desde antes estaba dado en arrendamiento, la enfermería, y las piezas y capilla que fueron en otro tiempo de los padres comisarios generales de la orden.

Ese resto que quedó á los religiosos era todavía una casa enorme, un palacio. Dividiéndole por una línea imaginaria de Oriente á Poniente, se pueden considerar en él dos partes diferentes y aproximadamente iguales: una hacia el Sur, que abrazaba el panteón, el refectorio, la sala de "profundis," todo el claustro principal, otro menor que ha servido de cuartel, la sacristía y antesacristía, de que se ha hablado; y otra hacia el Norte, donde se asientan la iglesia mayor y las capillas, separadas del pórtico y unas de otras por el cementerio, que tiene dos puertas á la calle, una á la de San Francisco y otra á la de San Juan de Letrán, la primera al Norte y la segunda al Poniente.

Al entrar por la que da á la calle últimamente indicada, se ve á la derecha la

capilla del Señor de Burgos, situada de Norte á Sur; á este rumbo el altar mayor, y á aquél la puerta principal. Se estrenó el 6 de Febrero de 1780, y tiene 31 metros de largo y 12 de ancho. Un siglo antes ocupaba el mismo sitio la capilla de San José de españoles, que se dedicó con asistencia del virrey, duque de Alburquerque, y de la audiencia en 19 de Marzo de 1657, según la crónica de Vetancurt, y en 19 de Julio del mismo año según el Diario de Guijo, aunque parece más probable lo primero. El mejor adorno de sus paredes laterales, consistía en varios cuadros grandes que representaban la vida de San José, obra del célebre Baltasar de Chávez. Tiene otra entrada que dá al oriente.

Frente por frente de la puerta principal de esta capilla se asienta, con entrada al oriente y al altar mayor al rumbo opuesto, la iglesita llamada de los Dolores ó de la Segunda Estación, fabricada á expensas de D. Cristóbal de la Plaza, secretario que fué de la Universidad. Tiene de longitud unos once metros y cinco de anchura; estaba adornada con cuadros de la Pasión de Cristo.

Peró el punto desde donde el espectador puede formarse una idea completa de la muchedumbre de templos que abarca el atrio, es la puerta que comunica con la

calle de San Francisco. Entrando por ella se encuentra á la derecha la capilla de la Tercera Orden, situada de Oriente á Poniente, á este rumbo el altar mayor y al opuesto la entrada principal, pues tiene otra por el Sur dando al atrio.

A la izquierda se ve la capilla de Aranzazu en la misma línea que la anterior, con cuya puerta principal corresponde la suya, de manera que tiene el altar mayor á la parte de Oriente. Su longitud es de treinta y dos metros, y de diez metros su anchura.

En frente se levanta la magnífica capilla de Balvanera, anexa al templo mayor y comunicada con él, la cual fué construída á expensas de los naturales de la Rioja mucho tiempo después del que abraza la crónica antes citada. Tiene una laboriosa fachada á estilo de las de la Santísima y del Sagrario; estilo que algunos malamente reputan gótico, y que es más bien del renacimiento.

La capilla de la Tercera Orden, que como dice bien Vetancurt puede servir de templo al mayor convento, tiene cuarenta y cuatro metros de largo y doce de ancho. Se dedicó, según el cronista antes citado, en 22 de Diciembre de 1624. En la parte superior de la fachada que mira al Sur se halla medio borrada una inscrip-

ción por la que consta que la capilla se acabó y fué dedicada en 8 de Noviembre de 1727, lo cual hace conjeturar, ó que la primera dedicación fué sólo de una parte, ó que la segunda se refiere á otra capilla posteriormente construida en el propio sitio.

En la misma fachada, y al pie de la citada inscripción, se halla un cuadro con figuras de relieve, explicado por el siguiente letrero que tiene á su base:

San Luquesio, á quien N. P. S. Francisco dió el primer hábito de la tercera orden.
año de 1221.

A un lado de la puerta que da al Oriente se lee esta noticia:

Fué agregada por cuarenta años esta iglesia á la sacrosanta lateranense de Roma, en 10 de Julio de 1831.

El adorno interior de la capilla era de buen gusto, así como el de las demás, especialmente en las festividades que en todas eran muy pomposas y frecuentes.

La fachada de la capilla de Aranzazu llamó siempre la atención por cierta elegancia que la distingue. En el friso que sigue al arquitrabe, bajo el cual se abre la en-

trada, se lee dividido en sílabas el letrero que sigue:

Sacrosancta lateranensis ecclesia

Un poco más arriba hay un cuadro con figuras de relieve que representa á un pastor rodeado de una grey, sentado al pie de un árbol y con la vista fija en la copa de éste, donde aparece la imagen de María. Acaso se refiere á la leyenda de nuestra Señora de Aranzazu.

En la parte inferior del cuadro se halla inscrita la relación siguiente:

Capilla de la milagrosa imagen de Nuestra Señora de Aranzazu, y entierro de los hijos y naturales de las tres provincias de Vizcaya y reino de Navarra, de sus mujeres, hijos y descendientes, á cuya costa se fabricó y dedicó en el año de 1688

Comprenderá bien el lector, que los hijos y naturales de las provincias vascongadas costearon la fábrica de esta iglesia; pero le parecerá un poco árduo que los descendientes de ellos hayan contribuido también á la obra, según declara la relación antecedente. Cesará no obstante su

asombro luego que reflexione, que esta clase de inscripciones eran ordinariamente parto de personas que sabían poco de achaques gramaticales.

Hacia el remate de la misma fachada se ve lo siguiente:

Tu honorificentia populi nostri.

Tiene asimismo esta capilla una puerta lateral hacia el Sur, arriba de la cual, y ocupando el centro de la portada, se ve una figura de relieve que representa á S. Prudencio obispo.

Por minuciosos que parezcan los pormenores acerca de las pinturas ó efigies de esta clase, suelen ser útiles é interesantes cuando contribuyen á hacer perceptibles algunos pasajes históricos de importancia, ó se refieren á objetos que recuerdan algún hecho ó suceso memorable, ó bien cuando á estos mismos objetos se tributa un culto sostenido y sancionado por antiguas tradiciones.

De estos objetos abundan en nuestras poblaciones y señaladamente en México.

¡Cuántas veces al pasar por la esquina de la segunda calle de San Francisco y callejón del Espíritu Santo, hemos contemplado con una mezcla de horror y de tristeza el mascarón formidable de pie-

dra que, sobresaliendo en la misma esquina, señala la altura á que llegaron las aguas en una de las mayores inundaciones que ha padecido la ciudad!

Y contrayéndonos especialmente á efigies colocadas en la portada de un templo, ¿ha visto el lector la de la Purísima que ocupa el nicho central de la fachada del hospital de Jesús Nazareno? ¿ignora que esta estatua ha sido en otro tiempo objeto del culto más entusiasta, condecorada con el nombre de “Nuestra Señora de las Maravillas”? ¿Sabe la tradición acerca del origen de este objeto sagrado?

“Pasemos (dice el P. Florencia en su “Zodiaco Mariano”) del hospital del amor de Dios al hospital que vulgarmente llaman de Jesús Nazareno por una milagrosa imagen de Jesús con la cruz á cuestas colocada en su altar al lado del Evangelio en la iglesia del hospital. Pero su propio nombre es el de Hospital de la Concepción, título que dió al hospital el insigne conquistador de la Nueva España, D. Fernando Cortés, que fué su fundador.

“En la portada, pues de la iglesia de este hospital se venera una imagen de piedra de la Concepción de la Santísima Virgen, cuyo origen es como se sigue. Al tiempo que se fabricaba la iglesia del dicho hospital, se fabricaba también la casa

de un mayorazgo, en la cual se halló una columna ó pilar de piedra, que según lo que mostraba, se discurría haber sido algún ídolo de los indios. Pero trabóse contienda entre dos partes: sobre el derecho á dicha columna, que por su antigüedad les parecía ser estimable; y llegó á tal extremo la discusión, que pusieron pleito sobre ella ante la real audiencia, la cual solicitó composición, haciendo que las partes cedieran cada cual del derecho que alegaban, y se convinieran en que dicha columna se entregase en alguna obra de las varias iglesias que entonces en México se fabricaban.

“Hízose así, y habiendo echado suertes, le salió la suerte á la iglesia del hospital de la Concepción. Y los que cuidaban de la fábrica determinaron, que pues la titular de aquella iglesia y hospital era la Concepción de la Santísima Virgen se hiciese una estatua que representase á la soberana Señora en ese misterio.

“Así se hizo, y se colocó encima de la puerta principal de la iglesia, como para su defensa, y para que todos los que entrasen en la iglesia, mirando á la imagen, se moviesen á pedirle su intercesión y patrocinio para con su Santísimo Hijo en todo lo que en la iglesia le pidie-
sen.

“Los señores condes de Santiago, cuya casa principal cae en la plazuela de dicha iglesia, desde los principios tomaron por devoción, y la han continuado hasta ahora por mucho más de cien años, el encenderle todas las noches una vela en farol, que para ello está prevenido.

“Pocos años ha que un buen hombre que vendía maderas en dicha plazuela, comenzó á tener devoción especial á esta santa imagen, y procuró no sólo limpiarla del polvo, sino pintarla y estofarle la vestidura, con la cual se concilia más veneración y devoción de los fieles; y esta ha crecido de tal manera, que acudiendo á ella en sus necesidades han conseguido especiales favores de la Señora, de que son testigos los muchos votos que penden delante de la imagen.

“Y son ya tan frecuentes los beneficios que de su benigna mano han recibido y reciben cada día, que por eso se le ha dado el título de nuestra Señora de las Maravillas. Y es grande el concurso de gente que acude á venerarla; y aun pasando por allí muchas de las principales señoras de México en sus forlones, se apean y en publicidad de aquella plazuela, y en el cementerio de la iglesia se hincan de rodillas, y se encomiendan á su sagrado patrocinio.

“Es verdad que habiéndose hecho á la imagen una hermosa corona de plata, no faltaron sacrílegas manos, que por estar tan patente una noche la robaron. Pero antes de ocho días ya se le había hecho otra corona también de plata, y se le puso el resguardo de vidriera competente, que encierra y defiende toda la estatua.” Hasta aquí el P. Florencia.

En el día ni la imagen tiene vidriera, ni farol con luz por la noche, ni votos pendientes delante de ella, ni señoras de landó que se arrodillen en el atrio de la iglesia á orar en su presencia. Pasan las generaciones y los pueblos se transforman. México actual es el fénix nacido de las cenizas de México azteca y español, tal como le formaron tres centurias de dominación monárquica y devota; fénix ardiente de amor y libertad en los primeros días de su nueva existencia. Contempló el espacio; sus pupilas se abrieron y aspiró á embriagarse de luz; mas al volar por regiones desconocidas, se desnudó de algunas de esas plumas lucientes y vistosas que esmaltaban en otro tiempo su galana vestidura.

Lo diremos sin embozo: nosotros al presente no poseemos ni las virtudes de los aztecas ni las de los españoles; nuestra vida como nación es un pobre con-

sorcio de insensata energía y de culpable debilidad. Con un pruritu ciego de imitar todo lo extraño y de abandonar lo nuestro sólo por serlo, vamos ya careciendo de carácter propio, ó más bien, nuestro carácter es no tener ninguno. Y en el pálido mosaico que presentan en conjunto nuestras condiciones sociales, en vano se buscan los instintos y las aspiraciones de un pueblo nacido á grandes destinos, y sí se notan en cambio mil usos exóticos, que han venido á ocupar el lugar de las antiguas costumbres, no todas buenas, pero las más llenas de candor y de poesía..... Volvamos á San Francisco.

III

La iglesia mayor, que es de una hermosa nave, hace fachada exactamente al Poniente, lo cual observan los franciscanos en la disposición de todos sus templos, para conformarse con la costumbre que en esta parte seguían los primeros cristianos. Tiene setenta metros de largo y eatorce de anchura.

A la espalda de la misma iglesia, se hallaban todavía en tiempo de Vetancurt la célebre capilla de San José de los na-

turales, mencionada en otro lugar de este libro.

Edificóse por los indios á quienes dirigía y alentaba Fr. Pedro de Gante para toda clase de empresas.

Era el principio á manera de un gran pórtico, compuesto de muchas naves, sin puertas, para que aunque fuera copioso el concurso de gente que asistiese en ella á los divinos oficios, pudiera de lejos presenciarlos. Redújose después á cinco naves, cada cual de treinta varas de largo y diez de ancho, y se le pusieron cuatro puertas grandes.

Por tradición se sabía, que el sitio donde estuvo asentada era parte del jardín de plantas, fieras, aves y peces, anexo á la casa ó palacio de recreo de Moteczoma; y si bien los historiadores al hablar de la capilla dicen vagamente que estaban detrás del templo principal, parecenos que el sitio que ocupaba puede determinarse con precisión, á lo menos tanto cuanto lo permiten los datos que tenemos á mano.

Ante todo se debe saber, que la calle abierta nuevamente en la misma dirección de la de Betlemitas y que atraviesa el convento hasta rematar en la de Independencia, existía antiguamente, aunque

no tan ancha, pues era, según nos han informado, un callejón.

Por otra parte, sabemos también por informe de sujetos curiosos, que el "hotel de Iturbide," ó bien la casa que precedió en el mismo sitio al hotel, era propiedad de una familia apellidada Córdoba y descendiente de persona que figuró entre los conquistadores del país.

Además, el Lic. Guijo da esta noticia con el epígrafe de "Asistencia de la virreina"

"El día de Corpus Christi (Junio de 1655) asistió la duquesa de Alburquerque á ver la procesión en casa de Francisco de Córdoba, contador mayor de cuentas, y estrenó el dicho su casa con esta visita, que es "junto al campanario de la capilla de San José de los indios;" hizo un gasto muy costoso en el regalo de almuerzo, dulces y dádivas á la dicha duquesa virreina y á su hija, y dentro de pocos días se dijo en toda la ciudad que el virrey, presente la dicha virreina, por ocasión pequeña, le dió de mogicones en la boca al dicho Córdoba, que lo bañó en sangre y derribó un diente.

Ahora bien; sabiendo, como se sabe, que en aquel tiempo la procesión de Corpus que salía de la Catedral, pasaba

por la calle de Betlemitas: suponiendo que la capilla de que vamos hablando mirase al Poniente, como todos los templos franciscanos, y que el campanario de la misma estuviera junto á la portada, debemos concluir, que la capilla de San José de los naturales ocupaba una área entre el hotel de Iturbide y la casa de diligencias.

Como quiera que sea, la expresada capilla fué uno de los más ilustres monumentos de la capital, asociando á su existencia memorias interesantísimas.

Fué la primera parroquia del continente americano, por lo cual y por haber sido seminario de la doctrina cristiana como dice Vetancurt, le concedieron Carlos V y Felipe II privilegios de iglesia catedral.

Celebróse en ella el primer concilio mexicano, así como también el primer auto del santo oficio y las primeras confirmaciones. Hiciéronse en ella también las honras del emperador, á que asistieron los tribunales y todos los caballeros y caciques comarcanos.

Cerca de su entrada se veía en pie una cruz enorme, que los primeros religiosos hicieron de un alto ciprés ó ahuehetes de los que habla y aun hay en Chapultepec,

el cual, por su gran corpulencia era objeto de idolatría entre los mexicanos. Esa cruz gigantesca descollaba por cima de los edificios todos de la ciudad, sin exceptuar las torres, y era vista desde lejos por los viandantes.

IV

Esta capilla se demolió el año de 1769, en que de orden del Rey dejó de ser curato.

Años después se empezó á fabricar hacia el mismo sitio la capilla de los Servitas, que se estrenó en 1791. Véamos lo que acerca de este suceso y del establecimiento de la hermandad de ese nombre, nos dice "La Gaceta de México" del martes 15 de Noviembre de 1791:

"En los días 12 y 13 se solemnizó con vísperas, misa, sermón y procesión, el establecimiento del venerable orden tercero de los siervos de María Santísima de los Dolores, en la iglesia del convento grande de N. P. S. Francisco, siendo el orador su R. P. guardián Fr. Damián Martínez, quien, como delegado del Reverendísimo general de los Servitas, antes de comenzarse la función de la mañana, procedió á darles la profesión á los

hermanos que componen mesa. Fué la concurrencia á ambos actos tan lucida como numerosa, respecto á haberse hecho general convite así á todos los venerables órdenes terceros y santas escuelas, como á muchos individuos de las sagradas religiones y sugetos distinguidos por sus empleos, entre todos los cuales se repartieron más de dos mil luces para la expresada procesión. en que fueron conducidas las sagradas imágenes de San Felipe Benicio y la B. Juliana, S. Francisco, S. Agustín, Nuestra Señora de los Dolores, objeto principal de esta fundación y de tan religiosos cultos; yendo de escoltar una manga de granaderos del regimiento Fijo de Puebla, con su correspondiente música.

“Concurrió á la solemnidad de estas procesiones la iluminación en ambas noches, así de la torre, atrio y portal de dicha iglesia, como de las calles circunvecinas, haberse quemado dos árboles de rara invención, (fuegos artificiales), y el adorno de colgaduras de las mismas calles y demás, por donde transitó la procesión. Pero respecto á que escribimos para lo futuro, no será fuera de propósito dar razón del origen de esta fundación.

“Por el año de 1786, D. Cristóbal Es-

pínola, piloto retirado de la real armada, habiendo consultado con el Rev. Padre Fray Nicolás Ramírez, religioso observante, sobre que quería establecer una congregación con la advocación de los Dolores de María Santísima, dirigido por éste, se asoció con el señor Conde del Valle de Orizava, D. Diego Peredo Hurtado de Mendoza, como hermano de la santa escuela de Cristo, del expresado convento, y ocurrieron á la majestad del señor D. Carlos III, impetrando su real permiso para proceder á la expresada fundación en dicha santa escuela, á honor de los Dolores, con el título de “Siervos de María,” y con los mismos reglamentos con que se erigió en Cádiz en la iglesia de Nuestra Señora del Pilar; cuya piadosa pretensión logró favorable despacho, dignándose S. M., por sus cédulas de 25 de Enero y 22 de Abril de 1787 conceder la licencia, previniendo á los interesados se presentasen en la cura eclesiástica de esta capital, y que procediesen á formar las reglas que considerasen oportunas al gobierno espiritual y económico de la congregación, conformándose en todo lo posible al ejemplar de constituciones que rige el tercer orden de servitas de Cádiz, que habían remitido á S. M. los postulantes.

“En consecuencia, se procedió á la for-

mación de los estatutos con la autorizada asistencia del señor D. Baltasar Ladrón de Guevara, oidor decano de esta real audiencia: los aprobó en todas sus partes el Excmo. é Ilmo. señor Arzobispo; y pasados por el superior gobierno al señor D. Lorenzo Fernández de Alva, fiscal de lo civil, no se advirtió reparo alguno. Presentáronse al fin en el real y superior consejo de las Indias, y S. M. se dignó aprobarlos por su real cédula fechada en Madrid á 4 de Agosto de 1789.

“Para asegurar los frutos espirituales, y dar todo el esplendor posible al nuevo establecimiento del tercer orden y congregación de los siervos de María Santísima de los Dolores, se ocurrió al M. R. P. Fr. María Clementi de Beluno, Prior general del orden de los servitas, quien por sus letras patentes dadas en Roma el día 2 de Enero de 1791, delegó al R. P. Guardián del convento de N. P. S. Francisco de México, amplísimas facultades para erigir el pretendido tercer orden y congregación, conceder indulgencias y otras gracias, á beneficio espiritual de los terceros y congregantes de uno y otro sexo.

“El expresado fundador de la de esta capital, para dar una nueva prueba de su devoción á María Santísima, ha costea-
do el hábito á ciento setenta y seis her-

manos de ambos sexos, así terceros como cofrades, y entre ellos algunos eclesiásticos, y para que en lo sucesivo puedan asentarse los que gusten, se ha determinado que en la santa escuela se ponga una mesa para este efecto en todos los días festivos.”

La capilla era de tres naves, con techo de vigas, descansando en columnas de madera, y tenía la fachada al Poniente. Llamóse al principio de la Santa Escuela.

Con este título fué también conocida últimamente una capillita, cuya puerta daba al pórtico del convento: era de forma irregular y nada ofrecía de notable.

No así las de la Purísima y S. Antonio, anexas, como la de Balvanera, á la iglesia principal, con entrada por la misma; y situada á la parte del Norte. Fabricóse la primera á expensas del Capitán Cristóbal de Zuleta el año de 1629, quien se la dejó al tribunal del consulado; y aunque el techo era de artesón, cubierto de plomada, se hizo de bóvedas cuando se reedificó la iglesia mayor. Otro tanto se hizo con la de San Antonio, la cual fué construída en el año de 1639, y perteneció á una cofradía célebre por la calidad de las personas que la componían. Últimamente se cerró al público por haberse inundado.

Ambas capillas eran de hermosa arquitectura, y en la de la Purísima se veneraba la imagen de esta advocación, que, adornada de joyas y ricamente vestida, se sacaba en las procesiones en la fiesta que á la Concepción hacía el convento, y en la que celebraban al propio misterio los doctores de la Universidad.

V

Aunque con riesgo de dar en el escollo de la proligidad, no omitiremos una inscripción que está grabada en la portada de la iglesia principal, y es la siguiente:

Fulgoribus vestita sola predis
Alba solis es: sic soli reddit Alba;
Luces scoti calamo, suis, que, notis,
Opera dicant eius, siempre in portis.

A los lados de la puerta del templo se halla apuntada la fecha de la conclusión del mismo, en esta forma:

Año. de 1716

La riqueza y gusto en el ornato de lo interior del edificio estaban en consonancia con la hermosura de la fábrica. Basta decir, por lo tocante á la primera, que sólo el tabernáculo del altar mayor, que

era de plata, costó veinticuatro mil pesos.

VI

La otra parte en que dividimos el convento, y abrazaba la habitación y oficinas de los religiosos, queda ya bien descrita por Vetancurt en el pasaje que trasuntamos al principio de este capítulo. Añadiremos, sin embargo, que además de los cuadros de la vida de San Francisco, obra de Chávez, que decoraban las paredes inferiores del departamento principal, habla otros en las de arriba debidos al pincel de Juárez, y eran los siguientes:

La Invención de la Santa Cruz,
San Lorenzo mostrando á los pobres,
cuando se le pidieron los tesoros de
la Iglesia,

Ananías volviendo la vista á S. Pablo,
La curación del paráltico por S. Pedro, y

El martirio de S. Sebastián.

De Ibarra se conservan allí mismo:

La visión de S. Juan (Apocalipsis);
En el refectorio:

Varios cuadros de los apóstoles;
En la antesacristía:

La bajada de Jesús al Limbo, con algunos otros cuadros de mérito; Y finalmente, en el lienzo interior del pórtico:

Varios cuadros que representan la vida de S. Sebastián de Aparicio.

Estos últimos, así como los que estaban en el refectorio y en la antesacristía, son de un autor, cuyo nombre ignoramos, y todos, ó los más, han sido trasladados á la Academia de Nobles Artes para enriquecer las galerías de este amable plantel que, no lo dudamos, recibirá algún día de nuestro gobierno toda la protección que merece.

Para concluir las noticias relativas á la iglesia mayor, diremos, que en el presbiterio estuvieron depositadas las cenizas de Cortés, hasta tanto no fueron trasladadas á la iglesia del hospital de Jesús, de donde para librarlas de una estúpida profanación, tuvo una persona que sustraerlas ocultamente y remitirlas, según nos han dicho, á la Habana.

En el mismo presbiterio tenían sepultura los provinciales de la orden, y en él también fueron enterrados, entre otros personajes, los siguientes:

El Lic. D. Mariano Esteva,

El general Valencia, y

Da. Dolores Caballero de los Olivos, última condesa del Valle.

En el panteón, situado á espaldas de la iglesia, estaban sepultados; el general Lombardini y el conde de Cossato.

La iglesia de que venimos tratando conserva, además, algunas memorias tiernas, íntimamente ligadas con la historia nacional.

En ella se cantó el primer "Te Deum," en acción de gracias por el triunfo más santo y sublime que ha alcanzado hasta hoy el valor mexicano, la consecución de la Independencia de la patria. Presidió la función D. Agustín de Iturbide, objeto entonces de admiración y simpatías de todo un pueblo; y en esa misma iglesia, diez y siete años después, en 1838, el consumidor de la obra más gloriosa, la primera víctima de nuestros rencores políticos, recibía de ese mismo pueblo la más patética expresión de arrepentimiento por la ingratitud con que había pagado sus sacrificios: honrábase la memoria del héroe en sus restos trasladados á la capital desde el cementerio de Padilla.

La pompa con que se verificó este acto religioso en S. Francisco, es de aquellas que no se ven, sino en ocasiones tan raras y solemnes como esta; y para formarse idea del aspecto imponente que

presentaba entonces lo interior de la iglesia, vamos á trasladar aquí un pasaje de la relación que de esa solemnidad fúnebre escribió el Sr. D. José Romano Pacheco. Hélo aquí:

“El fondo de la iglesia estaba vestido de negro desde las bóvedas hasta el pavimento: lo estaban igualmente en toda su altura las cuatro columnas del centro del crucero, resaltando más en aquel inmenso fondo obscuro un haz de tres banderas trigarantes, atadas y colocadas en cada una de estas columnas á cierta elevación. Los colores de todas estas banderas estaban en armonía con un grandioso pabellón suspendido bajo la media naranja, cuyo círculo tenía veintiuna varas de circunferencia, y del cual salían, abriéndose cuatro fajas también tricolores de más de cuatro varas de ancho á colocarse sobre los capiteles de las columnas enlutadas en que se hallaban las banderas. Terminaba este pabellón por su extremo superior en un penacho trigarante. Como para disputar la altura al pabellón se levantaba un suntuoso catafalco á más de treinta pies de elevación; su base tenía seis varas por cada lado del cuadrado con tres ó cuatro gradas: encima un pedestal, y sobre éste la esbelta pirámide. En la cúspide truncada de su cono se colo-

ron los restos de D. Agustín de Iturbide dentro de una urna de cristales y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo, que tenía encima los trofeos en que se miraba erguida el águila nacional: todo el conjunto de cortes y molduras era de un trabajo acabado.....

“En los ángulos de la base del catafalco se veían cuatro columnas de quince pies de elevación, vestidas en todo su tamaño de terciopelo negro, con franjas de oro: estaban coronadas con unos fumigadores ó incensarios, que eran unos enormes jarrones de plata maciza.

“En los dos ángulos del frente se hallaban dos inmóviles granaderos, y tras de ellos, en los costados, dos ayudantes de la persona del Presidente, de riguroso luto, con espada en mano y cubiertos.

“En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedían sin intermisión las misas de “requiem,” que se celebraban por el ilustre difunto, á más de las solemnes que se cantaban en el altar mayor y para las que se alternaban las comunidades religiosas y el cabildo eclesiástico. En todos los altares, en el sarcófago y en el cuerpo de la iglesia, ardían constantemente multitud de cirios de toda magnitud.”

Las cenizas de Iturbide estuvieron ex-

puestas en San Francisco á la veneración pública, desde el día 24 de Octubre hasta el 26, en que trasladadas á la Catedral, fueron sepultadas en la capilla de San Felipe de Jesús, donde permanecen hasta el día.

La nación no pondrá sobre el mausoleo que las encierra el sello de la indiferencia ó del olvido.

VII

Las capillas también despiertan en el alma algunos recuerdos, y de sus respectivos archivos pudiera extraerse una crónica interesante, que sería nada menos que una descripción acabada de muchas costumbres piadosas de nuestros antepasados.

En el de la capilla del Orden Tercero se registra la noticia de las tomas de hábito y profesión de varias personas notables de ambos sexos, que se verificaban á veces, y conforme á la calidad del sujeto, con extraordinaria pompa. Hasta el día se conserva memoria de la profesión en dicha orden de la duquesa de Alburquerque, persona ya antes mencionada; porque es de saberse que en aquellos siglos de exaltada y general devoción, no sólo el vulgo, sino los caballe-

ros y damas de más noble alcurnia blasonaban de pertenecer á la gran familia franciscana, y la misma reina Da. Isabel la católica fué tercera.

México se modelaba por España, y los usos y costumbres de los reyes y su corte se reproducían en los virreyes y nobleza en la colonia.

Por lo demás, los terceros de la capital formaban no sólo una asociación encaminada á los ejercicios devotos, sino una verdadera familia, cuyos miembros se daban mutuo auxilio en las necesidades de la vida, y es célebre el asilo de caridad que fundaron para sus enfermos, conocido con el nombre de "Hospital de Terceros."

Para los que no tengan noticia de este establecimiento, daremos la siguiente, tomada de los apuntes que sobre él hicimos en el año de 1861.

Fué costeadado de los fondos de la Tercera Orden y ocupa un soberbio edificio que se asienta en el sitio donde estuvieron las casas del mayorazgo de los Villegas, esto es, en una área de mil seiscientos metros cuadrados, comprendida en el ángulo que forman las calle de Santa Isabel y San Andrés. La entrada mira á la segunda de estas calles. Desde la puerta goza el espectador de la vista del

patio principal, que es de lo más risueño, alegrado por plantas siempre en flor, y por las aguas de una bonita fuente que ocupa el centro. Como la mayor parte de nuestros antiguos edificios públicos, se compone de dos pisos con amplios corredores en uno y otro lado, dando al patio principal, estando sostenido el techo de éstos por arcadas de majestuosa arquitectura. Tiene capilla, enfermerías con separación para personas de ambos sexos, habitaciones para el capellán y los que asisten á los pacientes, y en una palabra, todas ó casi todas las comodidades apetecibles. Concluyóse la fábrica en Junio de 1756, siendo virrey de México el marqués de las Amarillas.

En el día, suprimida como está la Orden Tercera, ha dejado de existir el hospital, y el edificio está convertido en posada con el título de "Hotel del Ferrocarril."

Sin salir todavía de la historia antigua no pasaremos en silencio un acontecimiento notable enlazado, aunque accidentalmente, con el monasterio de San Francisco; queremos hablar del célebre tumulto acaecido en la capital el día 8 de Junio, infraoctava de Corpus, del año de 1692. Pero la relación de ese acontecimiento exige un capítulo por separado.

XXIV

Hambre y codicia.

En la mañana del 23 de Agosto de 1691 la ciudad de México ofrecía el cuadro de la más espantosa inquietud. Los moradores todos, firmes en la creencia de que el mundo iba á acabarse, corrían des-pavoridos á los templos, donde, al toque de rogativa, se exponía al Santísimo Sacramento.

Una sombra siniestra se iba extendiendo como un sudario sobre la naturaleza.

El sol parecía agonizante, y las estrellas, como para dar su postrer adiós al hombre, dejaban ver la triste faz en el firmamento, opaco y torvo como la bóveda de una caverna.

Los relojes de la ciudad hicieron oír su voz en lánguidos tañidos: eran las nueve.

En este instante murió la luz del sol: el astro del día desapareció como si una mano monstruosa le hubiera sumergido en un piélago de sombra.

Los luceros brillaron como á la mitad de la noche, y en medio del sepulcral silencio que reinaba en la población, sólo se oía uno que otro ay desgarrador,